Mi barquero y yo

UNIVERSIDAD DE NUEVO MON BIBLIOTECA UNIVERSITA DE A "ALFONSO REVES" APAO. 1825 HONTERREY, MEXIDA

despierta un silbido. Lanza este silbido Manolo que me dice con él: «Arriba, perezoso; estoy esperando».

Manolo es mi barquero, un chicazo moreno, apacible y poco hablador. Tiene veinte años y desde hace diez vive del mar.

Diariamente, en punto de las cinco y media, atraca al embarcadero de la Cruz; llego yo á poco rato, empuñamos cada uno un remo y ¡hala! ría adelante, á cruzar la barra, á meternos en el Cantábrico, que recibe con estremecimientos voluptuosos las primeras caricias del sol.

En las dos horas que duran nuestras marítimas excursiones, mi barquero y yo conversamos poco, casi nada. El rema con acompasado vaivén de máquina; yo remo y pienso, todo junto. Cuando se tiene mucho horizonte ante los ojos, el pensar sube muy alto y va muy lejos.

¿Dónde va el mío? ¡Qué sé yo!... A veces traspone las montañas; á veces quiere boquetear el sitio donde mar y cielo se confunden. Otras va aún más terco y más hondo: á los interiores de mi alma, á revolver memorias, á evocar fantasmas de cosas y personas que fueron, y ya, muertas ó vivas, sólo en el recuerdo pueden yolver á ser.

Momentos hay en que, revolviendo tales memorias ó evocando tales fantasmas, se humedecen mis ojos. Manolo me mira; yo achaco á salpicaduras de una ola la humedad que se advierte en mis párpados; Manolo sonríe; le ofrezeo un cigarro, enciendo otro; se deshace el humo sobre la atmósfera en azulosas espirales, y mi barquero y yo seguimos bogando silenciosamente, mientras la barca se desliza por entre las aguas con melancólico crujir.

Si me entran ganas, pesco. Es más entretenido de lo que se cree, pescar. El caer del aparejo en las profundidades del Océano, el rozar del plomo sobre plantas y rocas, el levantar el bramante y sostenerlo firme para sentir la mordedura de los peces, constituyen una serie de emocioncillas placenteras. Estas emociones se acentúan y proporcionan una emoción casi, casi formal, cuando el pez se engancha en el anzuelo y sacude la cuerda y sube defendiéndose y forcejeando á las manos del pescador.

Muchas veces la pesca está á flor de agua; sólo fal-

ta un tirón para esclavizarla definitivamente... ¡Ay del pescador si en este decisivo trance es torpe y no mueve el aparejo bien! Escápase el pez y torna á sumergirse herido, pero libre, en las profundidades oceánicas.

Transmito este aviso á las mujeres por ser en ellas instintiva la afición á la pesca. ¡Mucho cuidado con el aparejo, señoras! A cada pez se le coge de un modo; el que más seguro parece, se escapa cuando está próximo á la borda, no por habilidad suya, por torpeza de quien lo aprisionó. A esos peces, á los que se escapan heridos del anzuelo, no se les vuelve á cojer nunca. Así lo afirman Manolo y otras eminencias del ramo.

Esta mañana, contra costumbre, hemos hablado media hora seguida mi barquero y yo.

El cielo estaba cubierto de nubes; rafagazos de aire venían del Oeste, agitando la superficie del mar y coronándola de espuma; era estruendoso el batir del oleaje contra los peñascos; los cuervos marinos volaban al ras de las aguas con las negras alas tendidas.

- —Mal tiempo, ¿eh?—digo yo, encarándome con Manolo.
- —No es muy bueno—responde.—Tendremos que apretar los puños si quiere usted pasar la barra.
 - -Los apretaremos-contesto. -Así como así, hay

días en que la quietud y la calma son los enemigos más temibles. Días en los cuales el hombre necesita pelear con algo ó con alguien, distraer con luchas exteriores las interiores luchas y emplear los rudos esfuerzos musculares como receta contra las calenturas del espíritu. Hoy es uno de tales días para mí. Aprieta firme, y adelante.

Manolo abre de par en par la boca; no me comprende—feliz él—; afianza las piernas, echa adelante el busto, hunde el remo en la espumosa corriente de la ría, y hacemos rumbo hacia la barra.

La baja mar descubre con franqueza asesina las desiguales rocas que defienden el paso. Parecen ellas, entre las verdosas transparencias del mar, almenaje de una fortaleza herculiana, donde las olas, revolviéndose con furor, ofician de combatidores; torreones de esta fortaleza son dos enormes peñascos que sobre las aguas se yerguen; apenas si queda libre á los barcos un espacio de quince metros para refugiarse en la bahía. El resto de la barra es murallón de rocas vivas ó de arenas amontonadas y petrificadas por los arrastres del Océano y por la incuria de los hombres.

Las olas descienden desde el fondo del horizonte describiendo líquidas curvas, que más se abultan y se acrecen á medida que se aproximan á la barra. Fuera ésta profunda, y por ella entraran sin quebranto; pero la fortaleza construída con arena y con rocas, el

trágico murallón, lo impide. Las olas rompen contra él y sobre él saltan, y hasta el lomo de las dos grandes peñas trepan, y allí muerden con rabioso espumeo hasta que la peña las despide, y caen otra vez en el mar amenazadoras y rugientes.

El agua hierve al bárbaro trajín de esta lucha; en fieras convulsiones se tuerce; en tremendos remolinos se agita; y de todo ello, de las rocas medio sumergidas, de los peñascos flotadores, del oleaje roto, de las aguas burbujeantes y de la espuma que se arremolina y se encrespa, parece salir una voz sola; voz que grita al hombre, al pescador, al marinero que regresa del mar con el pan de sus hijos trabajosamente ganado: «¡Por aquí no se pasa!»

Y no se pasa. Cuando arrecia la tempestad y las pescadoras lanchas quieren ponerse al abrigo del puerto, no se pasa. Olas y arenas y peñascos lo evitan.

No es, durante las noches tempestuosas, el faro, alumbrando la barra, luz de esperanza para el infeliz marinero; funeral antorcha es: no son en la tempestad, durante el día, los peñascos que dominan la barra, pórtico que conduce á la salvación; son puerta que abre la del sepulcro. Los marineros de esta aldea, cuando en horas de borrasca van empujados hacia la barra y descubren detrás de ella sus humildes hogares, no tienden hacia ellos los brazos para dirigirles un alegre saludo: los tienden para darles su último adiós.

¡Ah, la barra, la maldita barra ha devorado por docenas las embarcaciones y los hombres! No hace falta ir muy lejos. Desde 1899 á 1906 se perdieron allí diez lanchas y cuarenta y dos tripulantes. Se perdió algo más; se perdió el bienestar de este pueblecillo, que sólo con la pesca vive; de estos marineros, que, si se pone malo el tiempo, no pueden salir de la ría so pena de encontrar la muerte.

Horas de luto y horas de hambre es lo que ofrece la barra á este pueblecillo, en verano risueño y artístico para el viajero que lo pasea, en invierno miserable y mortal para el pescador que lo habita.

Y todo porque el Gobierno no quiere gastar quince ó veinte mil duros en la limpieza de la barra; todo, porque el expediente incoado para realizarlo duerme en el ministerio eterno sueño expediental; todo porque diputados y ministros dejan siempre «para más adelante» una obra que libraría de la muerte á un centenar de hombres y de la miseria á una población.

¡Bah, los hombres! ¿Qué importan cuarenta ó cincuenta pescadores ahogados, á diputados y ministros? Ahogados y todo, seguirán figurando en el censo. La barra no es interventor.

Así ha venido ocurriendo en San Vicente; así ocurre aún; y pasará Agosto sin que la barra quede libre, jy otro año de ruina y de luto ofreceráse comoúnico porvenir á los marineros de esta aldea!... Tales cosas pienso, mientras yo y mi barquero bregamos con las olas, y la lancha salta sobre ellas como una cáscara de nuez. Tales cosas pienso, mientras la sencilla habla de Manolo evoca la imagen terrible del 12 de Mayo de 1906, día en que frente á la barra naufragaron dos lanchas y tres barquías con 48 tripulantes, sin que fuera posible prestarles auxilio; sin que pudierahacerse más que ver cómo se ahogaban los hombres uno á uno, entre voces de angustia y desesperadas convulsiones.

Horrible espectáculo que el pueblo entero presenció, desde las peñas que amurallan la costa.

¡Horrible espectáculo! Hombres y mujeres tendían sus brazos al Océano; ellos rugían amenazando á la borrasca con los puños; ellas, con los cabellos esparcidos, los ojos llorosos, el grito en la boca, las angustias todas en el alma, llamaban al padre, al hermano, al marido, al amante, de cuyos besos conservaban aún el tibio calor sobre la piel; y los otros, los marineros, los pescadores, allá, sobre las aguas encrespadas, agitábanse implorando socorro, retorciéndose con espanto. Luego se hundían en la abertura negra, dibujada por un golpe de mar, ó se estrellaban contra las rocas, como pingajos de carne que el viento se encargaría de barrer...

Cuando llegué á casa, mis criadas regateaban su mercancía á una pescadora.